

EL CAMINO DE LA CRUZ DE LOS MATRIMONIOS

Primera Estación:

1 - JESÚS ES CONDENADO A MUERTE

Te condenan, Señor, esperando acabar contigo. Cuando se haya apagado la gran Palabra perturbadora que no cesa de predicar el amor, podrán por fin reanudar una vida tranquila.

Ni siquiera sospechan que tu muerte será la victoria del Amor.

En los siglos posteriores, cuántos cristianos, en anfiteatros como éste, van a ser a su vez entregados a la muerte y ganarán a su vez la gran victoria del Amor.

Enseña a todos nuestros hogares, Señor, a no juzgar la muerte como un fracaso vergonzoso, a no acercarnos a ella de espaldas, sino a mirarla a la cara, a ver en ella el gran acto de amor y de ofrenda que debemos preparar poco a poco, día a día. Amén.

Segunda Estación:

2 - JESÚS CARGA CON SU CRUZ

Es una vieja amiga tuya, Señor, esta cruz sobre tus hombros. Hace años que la esperas, que anhelas este encuentro. Y aquí la tienes, en tus brazos. A decir verdad, no es el sufrimiento lo que amas -te repugna tanto como a nosotros, más que a nosotros-, sino a los miles de millones de hijos a los que salvarás por ella, a los que darás la gran alegría que nunca termina.

Para nosotros, la cruz es un visitante inoportuno, lo confesamos con gran vergüenza. ¡Cuántas veces nos comportamos como enemigos de tu cruz, tratando de "sacarla" de nuestras vidas!

Haz que escuchemos de nuevo, Señor, la palabra exigente y suave a la vez: "Si alguno quiere venir en pos de mí, que se niegue a sí mismo, tome su cruz cada día y me siga". Esta noche, en este Coliseo, tal vez logre convertir nuestros corazones.

Y cuando volvamos a nuestras casas, tal vez seamos más capaces de aceptar las modestas cruces de cada día: la cruz de la madre cuyo hijo con fiebre la despierta varias veces por la noche, la cruz del padre que trabaja todo el día por un salario insuficiente, la cruz de los fracasos escolares, de los fracasos profesionales...

Señor, danos comprensión, danos amor a la cruz, a tu cruz. Amén.

Tercera Estación:

3 - JESÚS CAE POR PRIMERA VEZ

Tu cruz es demasiado pesada, tus fuerzas se agotan, caes en el camino. Y aquí está ante nosotros el Todopoderoso convertido en el todo-débil.

Queremos darte gracias, Señor, por tu debilidad. La "debilidad de Dios" de la que habla tu apóstol Pablo. Un dios heroico llevando su cruz mientras canta nos habría intimidado y desanimado. Pero cuando caes a tierra, ya no dudamos en acercarnos a ti con un corazón confiado.

Señor, ten piedad de nosotros cuando nos falta el valor, cuando en momentos de extremo cansancio tu ley nos parece demasiado pesada, cuando nuestro amor es demasiado débil. Presérvanos de la

insidiosa desesperación que intenta invadir nuestras almas cuando no logramos amarte tanto como deseamos.

Y que cuando, por fin, comprendamos que no podemos salvarnos a nosotros mismos, lleguemos a buscar la salvación en nuestro Dios caído. Amén.

Cuarta Estación:

4 - JESÚS ENCUENTRA A SU MADRE

Allí ves a tu Madre, la mirada que te hacía sonreír de niño, el rostro que durante treinta y tres años fue la alegría de tu corazón.

María te acompaña. No dudas de su fidelidad, pero es bueno ver en sus ojos que está de acuerdo contigo, como siempre, una vez más. De acuerdo hasta tu muerte en la cruz de los malhechores. Y así su amor, lejos de frenarte, te impulsa hacia el supremo sacrificio.

Que María esté también en nuestro camino, para enseñarnos que amar no es sólo ser tierno de corazón, sino ayudarse mutuamente a caminar hacia la cumbre de la entrega.

Bienaventurados los hogares en los que los esposos se animan mutuamente a amar hasta el extremo, a llevar la cruz, a entregarse a Dios cada vez más plenamente.

Bienaventurados los hijos cuyos padres se preocupan más por enseñarles a amar y a sacrificarse que por darles placeres mediocres. Amén.

Quinta Estación:

5 - SIMÓN LLEVA LA CRUZ DE JESÚS

Un buen hombre regresa del campo. Los soldados lo requisan. Ansiaba descansar, pero ahora se ve obligado a tomar tu cruz.

¿No puede el Todopoderoso llevar su cruz hasta el final? ... No es debilidad, es amor lo que te impulsa a buscar la ayuda de Simón. Saber que necesitas a quien amas es uno de los secretos del amor.

No necesitas sólo a Simón, nos necesitas a todos y cada uno de nosotros: no es que la Redención esté por encima de tus fuerzas, pero nos amas demasiado como para no querer asociarnos en la gran tarea que el Padre te ha confiado.

La historia nos dice que los dos hijos de Simón, Alejandro y Rufo, pocos años después, fueron de los más fieles de los primeros cristianos. El padre había llevado tu cruz, los hijos habían recibido la abundancia de tu gracia.

Señor, a todos estos padres y madres que te rezan esta tarde, enséñales que, en unión contigo, deben engendrar a la gracia a quienes han engendrado a la vida. Y que las cruces, pequeñas y grandes, que les ofreces día tras día, son el medio de completar en su carne, como dice el Apóstol, lo que le falta en tus pruebas para esta "pequeña iglesia" que es su familia. Amén.

Sexta Estación:

6 - UNA MUJER SANTA ENTREGA A JESÚS UNA TOALLA

Esta mujer se sobrecoge al ver tu pobre rostro desfigurado, cubierto de polvo y sangre.

Y aunque podríamos pensar que la misma piedad nos habría lanzado hacia ti, todos los días pasamos junto a ti sin reconocerte.

Resulta fácil vislumbrar tu rostro, más o menos reconocible, en nuestros maridos, nuestras mujeres, nuestros hijos; pero en ese pobre que nos aborda por la calle, en ese intruso que llama al timbre inoportunamente, en ese cuñado que nos disputa la herencia...

Te pedimos, Señor, que nuestros ojos sean capaces de mirar más allá de las apariencias y reconocer, a través de los pobres rostros de nuestros hermanos y hermanas, el Rostro adorable de nuestro Dios. Amén.

Séptima Estación:

7 - JESÚS CAE POR SEGUNDA VEZ

Ya no llevas la cruz auestas, pero tu agotamiento es tan grande que basta una piedra en el camino para que vuelvas a caer.

Aunque sabemos que te has derrumbado en el camino, nos negamos constantemente a aceptar nuestras limitaciones, nuestras debilidades, nuestros fracasos. Seguimos soñando ingenuamente con alcanzar la salvación por nuestras propias fuerzas.

El viejo orgullo debe de estar muy vivo en nosotros, pues nuestros fracasos suscitan tan a menudo un rencor tan amargo. Y es este mismo orgullo el que acecha en nuestras oraciones cuando, impacientes, te pedimos que nos cures de nuestras enfermedades del alma: anhelamos estar satisfechos de nosotros mismos.

Ayúdanos, Señor, a aceptarnos como somos, sin renunciar a llegar a ser lo que tú quieres que seamos. Dinos de nuevo, como a tu apóstol Pablo: "Te basta mi gracia". Enséñanos a no confundir santidad con heroísmo. Enséñanos que el amor más grande no consiste necesariamente en hacer grandes obras por aquel a quien amamos, sino en consentir humildemente en ser salvados por él. Amén.

Octava Estación:

8 - JESÚS HABLA A LAS MUJERES DE JERUSALÉN

A la vista de estas mujeres que lloran, de los niños pequeños que llevan en brazos, que serán la generación de la catástrofe, sientes piedad; les anuncias los días trágicos para que se apresuren a volver a Dios. Les dejas una misteriosa advertencia: "Si tratan así al leño verde, ¿qué será del leño seco?"

El leño verde es la madera viva, llena de savia, que da fruto; ése eres tú, Señor. Pero el Padre debe podarla para que dé más fruto.

El leño seco es el que está separado del tronco, sólo sirve para el fuego. Estos son los judíos incrédulos, todos pecadores. Señor, que no seamos leña seca. Sujétanos con fuerza para que permanezcamos unidos a ti.

Haznos temblar un poco más al pensar que podemos estar separados de ti; líbranos de esa fácil seguridad de saltar, que bien puede no ser más que una caricatura de esperanza. Amén.

Novena Estación:

9 - JESÚS CAE POR TERCERA VEZ

¿Por qué, Señor, caes de nuevo? ¿Será que la lección es de capital importancia y que nos encuentras muy poco dóciles?

Tu apóstol Pablo comprendió muy bien la lección cuando, después de enumerar sus pretensiones de gloria, concluyó: "Al final, me gloriaré sólo de mi debilidad, para que surja en mí el poder de Jesucristo".

En efecto, hay algo aún mejor que hacer grandes cosas para Dios, y es aceptar que Dios mismo hace grandes cosas en nosotros y por nosotros.

Una vez, en otro anfiteatro, la pequeña esclava Blandine soportó las torturas con tal valor que sus compañeros creyeron ver en ella al mismo Crucificado, sufriente y triunfante.

Señor, haznos comprender que la debilidad del hombre, cuando el hombre acepta y ofrece esta debilidad, es la custodia del Poder de Dios. Amén.

Décima Estación:

10 - JESÚS ES DESPOJADO DE SU TÚNICA

Proclamaste: ¡Bienaventurados los pobres! En este momento en que te arrancan la túnica, tú eres el gran Pobre, el Bienaventurado que posee plenamente el Reino de los Cielos.

Señor, enseña a todos estos hogares que te rezan a estimar y amar la pobreza. Haz que en cada uno de ellos se forme una generación de hijos que estimen y amen la pobreza.

No la falsa pobreza que es desprecio de las criaturas, sino la pobreza de la que has dado ejemplo, que consiste en un corazón tan rico en amor que nunca más puede ser esclavo de ninguna criatura, en un corazón tan confiado en la Providencia de su Dios que ya no se preocupa por el mañana ni codicia las riquezas de la tierra, en un corazón generoso, pronto a dar.

Señor, haz de nosotros almas de pobres, para que experimentemos cada día la maravillosa delicadeza y tierna solicitud de nuestro Padre. Amén.

Décimo Primera Estación:

11 - JESÚS ES CLAVADO EN LA CRUZ

A partir de ahora -gritó tu apóstol Pablo- ya no quiero conocer ni predicar más que a Jesús y a Jesús crucificado, escándalo para los judíos y locura para los gentiles.

También fue un escándalo para Pedro, cuando en el camino trató de disuadirte de morir. Sin embargo, fue el mismo Pedro que, treinta años después, aquí en Roma, abrazó la cruz y lloró de alegría, sintiéndose indigno de morir como tú.

Es una locura también para nosotros, que nos pasamos el tiempo confrontándonos a ella. Estamos a favor de una religión razonable, prudente, equilibrada. Lo lamentable es que no sea la verdadera, que no sea la tuya. Donde hay amor, hay locura; donde no hay locura, tampoco hay amor.

Señor, como personas razonables que somos, enséñanos a valorar, como tú, como todos tus mártires y todos tus discípulos, la pobreza, la humillación y el sacrificio que fueron tu riqueza y que nosotros intentamos constantemente eliminar de nuestras vidas.

Que en nuestros hogares los niños aprendan a elegir entre la sabiduría del mundo y la locura del amor, de tu amor. Amén.

Décimo Segunda Estación:

12 - JESÚS MUERE EN LA CRUZ

Te humillaste, haciéndote "obediente hasta la muerte y muerte de cruz. Por eso el Padre te ha exaltado, dándote un nombre sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en el infierno".

Morir fue el mayor acto de amor de tu vida, porque fue el mayor acto de obediencia. Danos la gracia de convertirnos a nuestra vez en perfectos obedientes. Obedientes a la voluntad del Padre a lo largo de los días, obedientes hasta la muerte en el último día. ¿Por qué, esta tarde, en este Coliseo, no hemos de afrontar esta muerte que un día será la nuestra, por qué no hemos de dar nuestro consentimiento sin reservas a esta muerte, tal como en tu bondad la has preparado para nosotros, y en la hora para la que la has preparado?

Y si el día de esa muerte ya no tenemos suficiente presencia de ánimo para ofrecértela, recuerda, Señor, que esta tarde en Roma te la hemos dado por adelantado, con todo el fervor de nuestro amor demasiado pobre.

Y si vienes a tomar ante nosotros a quien nos confiaste, que te amemos lo suficiente y lo amemos lo suficiente como para consentir de verdad. Amén.

Décimo Tercera Estación:

13 - JESÚS VUELVE A LOS BRAZOS DE SU MADRE

Hace algunos años, María, un niño pequeño yacía en tus brazos: sus ojos te sonreían, su corazón latía con fuerza en su pecho y su cuerpo era cálido contra el tuyo. Hoy su mirada se ha apagado, su corazón ha dejado de latir y su cuerpo ya está frío.

El Padre te ha pedido que hagas el mayor sacrificio de todos: no dar tu vida, sino dar al hijo de tu carne y de tu alma.

Este que tienes en tus manos, no es con un amor vacilante y resignado con el que se lo presentas. De lo más profundo de tu dolor surge una alegría misteriosa, la alegría de la que habló Jesús: "Hay más alegría en dar que en recibir".

Te pedimos, Madre amada, que reces por aquellos de entre nosotros que llevan una herida abierta en el corazón: por aquellos padres y madres a los que se les ha muerto un hijo pequeño hace unas semanas o unos años, por aquellos a los que les ha pedido que ofrezcan a su compañero de viaje, por aquellos a los que el Señor les ha quitado la dulzura de su vida. Madre, ayúdales a consentir, a darse cuenta del inmenso significado de su ofrenda, a obtener la paz. Enséñanos a todos a hacer una ofrenda de los dones del Señor al Señor.

Y que sea a través de tus manos como seamos presentados al Padre en nuestra hora final.

En tus manos, María, encomiendo mi alma. Amén.

Décimo Cuarta Estación:

14 - JESÚS ES DEPOSITADO EN EL SEPULCRO

Tú has dicho, Señor, que el grano de trigo, si rechaza la muerte, permanece solo y estéril, pero que da fruto abundante si está dispuesto a morir en la tierra. Han pasado veinte siglos. La confirmación de tus palabras está ante nosotros: sobre tu tumba ha brotado el inmenso pueblo de los hijos de

Dios. Y la Iglesia de todo el mundo proclama la victoria de tu amor: Christus vincit, Christus regnat, Christus imperat. Cristo vence, Cristo reina, Cristo gobierna.

Enseña a nuestros hogares que hay otro tipo de fecundidad que la fecundidad de la carne. Enseña a los que entre nosotros sufren el dolor secreto de no tener hijos que esta otra fecundidad se les ofrece y que es la medida de su amor.

Recuérdanos a todos, Señor, que cuentas con nuestra colaboración no sólo para transmitir la vida humana, sino también la vida de la gracia, y que ésta brota de la muerte consentida con amor -no sólo la muerte del último día, sino la muerte cotidiana, la muerte del "hombre viejo", de la que hablaba tu apóstol.

Enséñanos a aceptar mejor la muerte de cada día, para que cada día tu Resurrección nos penetre, se apodere de nosotros, triunfe en nosotros. Para que cada día se forme en nuestros hogares un pueblo de resucitados. Amén. Aleluya.

L'Anneau d'Or - NUMERO 87-88 - MAYO - AGOSTO 1959 –

NUMERO ESPECIAL "MILLE FOYERS A ROME - PÁGINAS 257 Y 266